SI EL
AMOR
MUERE

Prólogo — Antes del Último Paso

Hubo un tiempo en que el universo parecía simple.

No porque realmente lo fuera, sino porque quienes lo habitaban aún no habían descubierto cuán profundo podía ser el abismo entre una decisión y su consecuencia.

Todo comenzó con una pregunta.

No una guerra.

No una rebelión.

Ni siquiera una creación.

Una pregunta.

Cuando el primer universo despertó, cuando la materia aún era joven y las estrellas apenas aprendían a arder en silencio dentro del vasto océano de la oscuridad, Dios observaba.

No observaba como un rey vigilando su reino.

Observaba como un arquitecto contemplando una obra que aún no sabía si era perfecta o imperfecta.

Las galaxias giraban lentamente como gigantescos remolinos de fuego. Nebulosas colosales se extendían por millones de años luz como velos de colores imposibles. Mundos nacían, se enfriaban, se rompían, y volvían a convertirse en polvo cósmico que el tiempo reutilizaba para intentar otra vez.

Era hermoso.

Pero la belleza no era suficiente.

El universo necesitaba algo más que orden.

Necesitaba voluntad.

Fue entonces cuando surgió el primero de todos los conflictos: la libertad.

De esa chispa nacieron los nombres que la historia nunca olvidaría.

Lucifer.

El portador de la primera duda.

Entre todas las inteligencias que Dios había creado para custodiar la armonía de la existencia, Lucifer era distinto. No porque fuera más poderoso que los demás —aunque lo era— sino porque su mente tenía una cualidad que ninguna otra poseía con tanta intensidad.

Curiosidad.

Mientras los demás ángeles obedecían las leyes del cielo con la naturalidad con la que una estrella obedece la gravedad, Lucifer comenzó a hacer algo peligroso:

Preguntar por qué.

¿Por qué debía existir el orden?

¿Por qué la creación necesitaba obedecer?

¿Por qué la voluntad debía arrodillarse ante el diseño de otro?

Aquellas preguntas no destruyeron el cielo.

Pero lo cambiaron para siempre.

El día que Lucifer decidió que la libertad debía existir incluso si el universo se rompía por ello, nació la primera fractura en la eternidad.

Y con esa fractura comenzó la larga historia que atravesó los mundos, las épocas y las almas.

Hubo entonces otros nombres.

María.

No una reina.

No una guerrera.

Una mujer.

Pero en ella ocurrió algo que ningún ser del cielo pudo comprender del todo. En su silencio, en su obediencia aparentemente frágil, existía una fuerza distinta a la de los ejércitos celestiales.

Ella demostró que la fe no siempre nace del poder.

A veces nace de aceptar el misterio.

Después vino Judas.

El hombre que cargó con el peso de una decisión que cambiaría el destino de la humanidad.

Durante siglos fue recordado como traidor.

Pero en la profundidad del tejido del universo, su acto representaba algo más complejo.

La prueba de que incluso el acto más oscuro podía formar parte de un plan mayor.

Entre las sombras también nacieron fuerzas antiguas.

Los Hijos del Abismo, entidades surgidas de las grietas que la rebelión había dejado en la estructura del cielo. Seres que no pertenecían completamente a la luz ni completamente a la oscuridad.

Observaban.

Esperaban.

Aprendían.

Cada uno de esos eventos parecía, a simple vista, una historia independiente.

La caída de un ángel.

La fe de una mujer.

La traición de un discípulo.

El surgimiento de criaturas nacidas del caos.

Pero el universo nunca fue una colección de historias separadas.

Era una trama.

Un tejido gigantesco donde cada decisión arrastraba consigo miles de consecuencias invisibles.

Mientras las civilizaciones humanas nacían y desaparecían como olas sobre la superficie del tiempo, una verdad más profunda comenzaba a revelarse lentamente en los lugares donde la realidad era más delgada.

El conflicto entre orden y libertad no había terminado.

Apenas estaba madurando.

Lucifer no había dejado de luchar.

No buscaba destruir la creación.

Buscaba demostrar algo.

Que un universo gobernado por voluntad libre, incluso con todos sus errores, era más verdadero que un universo perfecto construido sobre obediencia absoluta.

Durante eras incontables, el cielo y la rebelión se observaron desde la distancia.

A veces chocaban.

A veces se retiraban.

Pero ambos sabían que la historia se dirigía inevitablemente hacia un punto que ningún poder podía evitar.

El momento en que la creación entera tendría que responder una pregunta definitiva.

¿Pertenece el universo al orden…

o a la libertad?

Cuando ese momento finalmente llegó, el campo de batalla no fue un planeta.

No fue una estrella.

Fue el borde mismo de la eternidad.

Allí, donde el espacio se vuelve tan delgado que el tiempo parece olvidar cómo avanzar, dos ejércitos comenzaron a reunirse.

De un lado, Dios, acompañado por Fortuna, la fuerza que gobierna los caminos invisibles del destino.

Del otro, Lucifer, rodeado por las legiones nacidas de su desafío al cielo.

Y frente a todos ellos, como la punta de una lanza preparada para atravesar la historia misma, estaba el general que comandaba el ejército rebelde.

Kaelion.

Su nombre aún no estaba escrito en ningún libro.

Pero pronto lo estaría.

Porque la guerra que estaba a punto de comenzar no decidiría solamente el destino del cielo o del infierno.

Decidiría algo mucho más grande.

Decidiría qué significa realmente ser libre.

Y cuando el primer movimiento de aquella guerra ocurriera, el universo entero entendería algo que nunca antes había comprendido.

Que todas las historias anteriores…

habían sido solo el camino hacia este momento.

Capítulo I — El Nacimiento de Fortuna

Antes de que los ejércitos se alinearan frente al abismo.

Antes de que los estandartes del cielo y de la rebelión oscurecieran el horizonte del universo.

Hubo un momento de silencio.

Un momento oculto en los pliegues más profundos de la eternidad.

Un momento en el que Dios sangraba.

No era sangre como la que corre en las venas de los hombres. No era roja ni espesa ni limitada por la gravedad de un cuerpo. Era una sustancia luminosa, una energía viva, una esencia primordial que brillaba como un río de estrellas líquidas escapando de las grietas abiertas en su forma.

El espacio alrededor de Él estaba destrozado.

Fragmentos de realidad flotaban como cristales rotos suspendidos en la oscuridad infinita. Ondas invisibles de poder seguían expandiéndose desde el punto donde la batalla había terminado, sacudiendo galaxias lejanas que ni siquiera sabían que su creador acababa de ser herido.

Porque aquella pelea había sido brutal.

Lucifer no había golpeado con odio ciego.

Había golpeado con convicción.

Cada impacto de su puño había sido una declaración de libertad. Cada choque entre su voluntad y la de Dios había sacudido los fundamentos mismos de la creación.

Y por primera vez desde el nacimiento del universo…

Dios había sido derribado.

No derrotado.

Pero sí herido.

Su forma, que normalmente irradiaba estabilidad y poder absoluto, estaba ahora agrietada como una estrella moribunda a punto de colapsar. Su luz parpadeaba en intervalos irregulares, y las corrientes de energía que lo formaban se agitaban como mares violentos incapaces de encontrar calma.

El cielo entero guardaba silencio.

Los serafines no se atrevían a acercarse.

Los arcángeles permanecían a la distancia, inmóviles, como estatuas gigantescas observando el impensable espectáculo de su creador debilitado.

Fue entonces cuando él apareció.

Fortuna.

No llegó acompañado de truenos ni de fuego.

Llegó como llega el viento que decide cambiar la dirección de una tormenta.

Su presencia no era dominante ni agresiva. No imponía orden como los ángeles ni rebelión como los demonios. Era algo distinto. Algo más antiguo que las jerarquías del cielo.

Fortuna era la posibilidad misma.

La fuerza invisible que decide si una estrella se enciende o se apaga. El delicado equilibrio entre millones de caminos que pueden abrirse desde una sola decisión.

En aquel tiempo, Fortuna tenía forma masculina.

Alto, sereno, envuelto en una túnica hecha de filamentos de destino que se entrelazaban y se separaban constantemente, como si cada hilo representara un futuro diferente.

Sus ojos eran profundos.

No brillaban con fuego celestial.

Brillaban con probabilidades.

Observó a Dios en silencio.

Durante un largo momento no se movió. Parecía contemplar algo más allá de las heridas, algo más allá incluso de la derrota momentánea que acababa de ocurrir.

Luego caminó hacia Él.

Cada paso de Fortuna reorganizaba el caos que flotaba en el espacio. Los fragmentos de realidad que habían sido destrozados por la pelea comenzaron a moverse suavemente, acomodándose como piezas de un rompecabezas gigantesco.

Cuando finalmente llegó hasta Dios, se arrodilló a su lado.

La luz herida del creador iluminaba su rostro.

Por primera vez en incontables eras, Fortuna sintió algo que no pertenecía a las matemáticas del destino.

Preocupación.

Extendió su mano.

No era una mano hecha de carne ni de hueso. Era una forma elegante de energía suave, una corriente viva de equilibrio y azar que se movía como agua iluminada.

La colocó suavemente sobre el pecho de Dios.

La reacción fue inmediata.

Las heridas comenzaron a cerrarse lentamente.

No con la rapidez de un milagro violento, sino con la paciencia de un amanecer que reconstruye el mundo después de una noche larga.

Fortuna absorbía el daño.

Tomaba dentro de sí las fracturas de la esencia divina y las reorganizaba, redistribuyendo el dolor a través de millones de caminos posibles donde ese sufrimiento podía disiparse sin destruir la estructura del cosmos.

Mientras lo hacía, algo inesperado ocurrió.

Fortuna lo miró.

No como se mira a un gobernante.

No como se mira a una fuerza suprema.

Lo miró como se mira a un ser que ha soportado un peso demasiado grande durante demasiado tiempo.

Y entonces lo sintió.

Primero fue una vibración leve dentro de su esencia. Una alteración mínima en la perfecta neutralidad que siempre había caracterizado su naturaleza.

Luego se convirtió en algo más profundo.

Una atracción.

No nacida del poder.

No nacida de la necesidad.

Nacida del reconocimiento.

Fortuna comprendió algo mientras sostenía el corazón luminoso del creador entre sus manos de energía.

Dios estaba solo.

Había creado universos, galaxias, especies, inteligencias infinitas… pero nunca había tenido a alguien que caminara verdaderamente a su lado.

Alguien que no fuera un siervo.

Alguien que no fuera una creación subordinada.

Alguien que pudiera mirarlo sin miedo.

Fortuna sintió cómo esa comprensión crecía dentro de él como una estrella naciendo en silencio.

Y con ella llegó algo nuevo.

Algo cálido.

Algo inevitable.

Amor.

Levantó la mirada.

Los ojos de Dios estaban abiertos ahora.

Ya no eran los ojos de una deidad distante. Había en ellos una vulnerabilidad que pocas entidades en la historia del universo habían tenido el privilegio de ver.

Se observaron.

Durante un instante que parecía más largo que millones de años.

Dios habló primero, su voz suave pero capaz de atravesar el tejido mismo del espacio.

—Fuiste tú quien me salvó.

Fortuna bajó la mirada un momento, como si aquella afirmación fuera demasiado grande para aceptarla sin reflexión.

—No te salvé —respondió finalmente—.

Solo equilibré lo que el destino había inclinado demasiado hacia el dolor.

Dios lo estudió con atención.

Había algo en Fortuna que siempre había sido diferente.

No obedecía.

No desafiaba.

Simplemente existía, sosteniendo la balanza invisible entre todas las posibilidades.

—¿Por qué te quedaste? —preguntó Dios.

Fortuna lo miró nuevamente.

Esta vez no intentó ocultar lo que sentía.

—Porque no quería que estuvieras solo.

El silencio que siguió fue tan profundo que incluso las estrellas lejanas parecieron detener su luz para observar.

En ese momento Fortuna comprendió algo sobre sí mismo.

Algo que había estado creciendo lentamente desde que comenzó a sanar a Dios.

Su forma actual ya no era suficiente.

El amor que estaba naciendo dentro de él necesitaba transformación.

Fortuna cerró los ojos.

Su esencia comenzó a cambiar.

Las líneas firmes de su forma masculina comenzaron a suavizarse. Su energía, que antes se movía con precisión geométrica, empezó a fluir con una elegancia nueva, como una corriente viva que descubre por primera vez la belleza de su propio movimiento.

Su voz, cuando habló nuevamente, ya no tenía la resonancia profunda de antes.

Era más suave.

Más cálida.

—Si voy a caminar a tu lado —dijo— no quiero hacerlo como una fuerza distante.

Quiero hacerlo como tu igual.

La transformación continuó.

Su figura se volvió más esbelta. La luz que componía su cuerpo adquirió una delicadeza distinta, como si cada partícula de su esencia hubiera aprendido una nueva manera de brillar.

Sus cabellos, formados por corrientes de destino entrelazadas, se alargaron como cascadas de hilos dorados flotando en gravedad cero.

Cuando abrió los ojos nuevamente, ya no era el dios masculino que había llegado a sanar al creador.

Era Fortuna… la diosa del destino.

Dios la observó con asombro.

No porque la transformación fuera extraña —en el universo muchas cosas podían cambiar de forma— sino porque comprendía lo que significaba.

No era solo un cambio físico.

Era una elección.

Dios extendió su mano.

La tomó con una ternura que ningún ser había visto jamás en Él.

—No necesitas cambiar para estar conmigo —dijo.

Fortuna sonrió suavemente.

—No cambié por necesidad.

Cambie por amor.

Dios sintió entonces algo que incluso para Él era nuevo.

Un calor suave dentro de su esencia eterna.

La certeza inesperada de que, por primera vez desde el nacimiento de la creación…

ya no estaba solo.

Y mientras sus manos permanecían entrelazadas en medio del universo herido, ambos comprendieron algo que ni Lucifer, ni los ángeles, ni los demonios habían imaginado aún.

La guerra que se acercaba no solo decidiría el destino del cosmos.

También decidiría el destino de su amor.

Capítulo II — El Cielo Dividido

El cielo nunca había conocido la incertidumbre.

Desde el primer instante de la creación, desde que la primera luz atravesó la oscuridad primordial y el universo comenzó a respirar, el orden había sido absoluto. Cada estrella sabía dónde arder. Cada planeta conocía su órbita. Cada ángel entendía su lugar dentro de la inmensa arquitectura de la voluntad divina.

El cielo era perfecto.

O al menos eso creían todos… hasta ese día.

El Trono del Origen flotaba en el corazón mismo del firmamento eterno.

No era un simple asiento de poder. Era una estructura viva, una montaña de luz sólida que se elevaba como una cordillera infinita formada por millones de capas de energía cristalina. Desde su base brotaban ríos luminosos que se extendían por el cosmos como venas gigantescas alimentando galaxias enteras.

Sobre aquella cima luminosa, los ejércitos del cielo estaban reunidos.

Miles.

No.

Millones de ángeles.

Serafines cuyos cuerpos eran torbellinos de fuego blanco. Querubines cubiertos de ojos que observaban todas las direcciones del universo al mismo tiempo. Arcángeles de tamaño colosal cuyas alas se extendían miles de kilómetros en el vacío estelar.

Sus armaduras estaban hechas de materia celestial, metales imposibles que reflejaban la luz de las estrellas con un brillo casi cegador. Cada uno de ellos portaba lanzas, espadas o estandartes que representaban el orden perfecto del cielo.

Pero aquel día…

nadie hablaba.

Todos observaban.

Porque Dios caminaba hacia el trono.

Y no caminaba solo.

A su lado estaba Fortuna.

Su presencia era imposible de ignorar.

La diosa avanzaba con una elegancia que parecía alterar la propia estructura de la realidad. Cada paso suyo producía pequeñas ondulaciones en el tejido del espacio, como si el universo mismo estuviera recalculando miles de futuros posibles a su alrededor.

Su figura irradiaba una belleza extraña y majestuosa.

Su piel estaba formada por una luz suave, como el resplandor de una aurora atrapada dentro de un cuerpo perfecto. Su cabello flotaba detrás de ella en largas corrientes doradas compuestas por millones de hilos de

destino entrelazados. Cada uno de esos hilos contenía posibilidades, futuros que aún no habían ocurrido.

Y sus ojos…

sus ojos eran abismos de probabilidades infinitas.

Dondequiera que mirara, las líneas del destino se curvaban.

Las estrellas cambiaban ligeramente su curso.

Las posibilidades del universo se reorganizaban.

Los ángeles comenzaron a murmurar.

Un sonido bajo, creciente, como el viento que anuncia una tormenta.

Uno de los arcángeles avanzó desde la primera fila del ejército celestial.

Su nombre era Sariel.

Era enorme. Su armadura plateada estaba cubierta de inscripciones sagradas que brillaban como constelaciones grabadas en metal vivo. Sus seis alas se desplegaron lentamente, generando corrientes de luz que atravesaron el espacio.

Su voz retumbó como un trueno.

—Señor… —dijo, inclinando la cabeza brevemente hacia Dios— …¿quién es ella?

El silencio cayó como una losa sobre todo el firmamento.

Dios no se apresuró a responder.

Su mirada recorrió a su ejército.

Ángeles que lo habían seguido desde el nacimiento de la creación.

Seres que habían luchado por el orden del cosmos durante eras incontables.

Entonces habló.

—Ella es Fortuna.

El nombre recorrió las filas como una onda invisible.

Sariel frunció el ceño.

—Conocemos a Fortuna —respondió—. La fuerza que equilibra los caminos del destino.

Su mirada se volvió más dura.

—Pero Fortuna… no era una diosa.

Los murmullos aumentaron.

Algunos ángeles bajaban la mirada.

Otros observaban a Fortuna con fascinación.

Otros… con desconfianza.

Fortuna dio un paso al frente.

Su voz era suave, pero cada palabra parecía reorganizar el aire mismo.

—No lo era.

Su mirada recorrió a las legiones celestiales.

—Lo soy ahora.

Aquellas cuatro palabras sacudieron el cielo más profundamente que cualquier batalla.

Sariel levantó sus alas con fuerza.

—¡Eso es imposible!

Varias filas de ángeles comenzaron a agitarse.

—¡Solo existe un Dios!

—¡El orden no admite iguales!

—¡La creación tiene un único trono!

Las voces se superponían unas con otras.

Dios levantó una mano.

El silencio volvió instantáneamente.

—Fortuna no es mi sierva —dijo con calma—.
Ni mi creación subordinada.

Su mano se entrelazó con la de ella.

—Es mi igual.

Aquella declaración atravesó al cielo como un rayo.

Sariel dio un paso hacia adelante.

Su rostro ahora mostraba algo que ningún ángel había mostrado antes frente a Dios.

Ira.

—¡Eso rompe el orden del universo! —rugió—. ¡El cielo no fue creado para compartir el trono!

Fortuna lo observó con una serenidad casi triste.

—El universo no se rompe cuando aparece algo nuevo —dijo—.

Solo se vuelve… más grande.

Pero Sariel ya no escuchaba.

Sus ojos ardían.

—Esto es una traición al orden —dijo con voz dura—.

Una debilidad.

Un murmullo diferente recorrió las filas del ejército celestial.

Un murmullo que no era duda…

sino acuerdo.

Muchos ángeles comenzaron a moverse.

Primero unos pocos.

Luego decenas.

Luego miles.

Sus armaduras resonaban mientras se separaban lentamente de las filas del cielo.

Fortuna observó aquello con creciente preocupación.

—¿Qué están haciendo? —preguntó en voz baja.

Dios no respondió de inmediato.

Sus ojos seguían cada movimiento.

Entonces lo vio.

Los ángeles que se alejaban del ejército celestial no huían.

Caminaban en dirección contraria.

Hacia el borde del firmamento.

Hacia el lugar donde la oscuridad del universo comenzaba.

Y allí…

esperaba Lucifer.

En la frontera entre la luz del cielo y el abismo del cosmos, el ejército rebelde observaba.

Millones de demonios.

Criaturas nacidas de la desobediencia.

Seres cuyas formas variaban entre sombras vivientes, gigantes acorazados y entidades compuestas de fuego negro.

Y frente a todos ellos estaba Lucifer.

Su figura era imponente.

Sus alas, enormes y oscuras, se extendían detrás de él como una tormenta detenida en el tiempo. Su armadura estaba marcada por las cicatrices de incontables batallas.

Pero sus ojos…

sus ojos brillaban con inteligencia.

No con odio.

Con comprensión.

A su lado se encontraba Kaelion.

El general.

Su armadura era completamente negra, pulida como un espejo oscuro que absorbía la luz de las estrellas cercanas. En su espalda se abrían dos alas enormes formadas por plumas metálicas afiladas como cuchillas.

Su espada descansaba apoyada contra el suelo del vacío.

Una hoja gigantesca que parecía beber la luz del universo.

Uno de los demonios se inclinó ante Lucifer.

—Señor… los ángeles se están moviendo.

Lucifer entrecerró los ojos.

Observó el cielo.

Vio a Dios.

Vio a Fortuna.

Y entonces…

sonrió.

Una risa baja escapó de su garganta.

—Lo sabía.

Kaelion lo miró.

—¿Qué sabías?

Lucifer señaló hacia el cielo.

—El orden acaba de cometer su primer error.

Los ángeles continuaban cruzando la frontera.

Miles.

Decenas de miles.

Un flujo constante de luz que abandonaba el ejército de Dios.

Kaelion observó la escena con frialdad.

—Un tercio del cielo —dijo finalmente.

Lucifer asintió.

—Un tercio del cielo… acaba de descubrir algo maravilloso.

Kaelion levantó una ceja.

—¿Qué cosa?

Lucifer abrió lentamente sus alas.

La oscuridad se extendió como una tormenta viva detrás de él.

—Que el universo ya no es predecible.

Miró nuevamente hacia Dios y Fortuna.

Su sonrisa se ensanchó.

—Y cuando el destino deja de ser seguro…

levantó su mano.

Todo el ejército demoníaco se agitó como una bestia gigantesca despertando.

—…la libertad finalmente tiene una oportunidad.

Kaelion tomó su espada.

La levantó lentamente.

Su voz resonó como metal chocando contra piedra.

—Entonces ordena la marcha.

Lucifer lo miró con un brillo feroz en los ojos.

—No.

Kaelion frunció el ceño.

—¿No?

Lucifer señaló el cielo donde los ángeles rebeldes seguían cruzando hacia su lado.

—Primero dejemos que el cielo termine de romperse.

Luego su mirada se volvió fría.

—Después…

miró directamente hacia Dios.

—…comenzaremos la guerra que decidirá el destino del universo.

Capítulo III — El Vacío Entre Dioses

El cielo había cambiado.

No de forma lenta, como cambian las estaciones en un mundo vivo, sino de manera abrupta, violenta, como cuando una montaña se parte en dos por el golpe de un rayo.

El firmamento eterno, que durante incontables eras había sido una arquitectura perfecta de luz, orden y armonía, ahora estaba fracturado.

Donde antes las corrientes celestiales fluían como ríos luminosos alimentando las galaxias, ahora había interrupciones. Filamentos de energía divina colgaban como venas cortadas en el vacío, vibrando con un pulso irregular.

Las constelaciones se habían movido.

Algunas estrellas que siempre habían orbitado alrededor del Trono del Origen se alejaban lentamente, como si incluso ellas dudaran de su lugar en aquel nuevo universo.

Porque un tercio del cielo…

había abandonado su puesto.

Los ángeles que permanecían junto a Dios observaban el horizonte oscuro donde sus antiguos hermanos ahora se alineaban bajo los estandartes de Lucifer.

Era una visión que muchos de ellos no podían comprender.

Durante millones de años habían luchado juntos.

Habían construido mundos, protegido civilizaciones, sostenido el equilibrio del cosmos.

Y ahora…

se miraban como enemigos.

El silencio entre las filas celestiales era pesado, casi insoportable.

Fortuna lo sentía con claridad.

Sus ojos, capaces de percibir millones de futuros posibles al mismo tiempo, observaban los hilos del destino que cruzaban aquel campo de batalla infinito.

Y cada hilo vibraba con tensión.

Ella dio un paso hacia adelante.

Su vestido de luz se movía como una corriente suave de energía dorada que flotaba en el vacío. Los hilos del destino que formaban su cabello giraban lentamente alrededor de su figura, iluminando la oscuridad con reflejos delicados.

Pero en su rostro había preocupación.

—Yo provoqué esto… —dijo finalmente.

Su voz no fue fuerte, pero todos los ángeles cercanos la escucharon.

Dios giró ligeramente la cabeza hacia ella.

Sus ojos contenían la calma profunda de alguien que ha observado el nacimiento y muerte de universos completos.

—No —respondió.

Fortuna lo miró.

—Si yo no me hubiera transformado… si no me hubieras llamado tu igual…

Dios negó suavemente con la cabeza.

—La libertad no necesita una razón para existir.

Sus ojos se dirigieron hacia la distancia donde los ejércitos de Lucifer se extendían como un océano oscuro de voluntades rebeldes.

—Solo necesita una excusa.

El espacio entre ambos ejércitos era inmenso.

Un vacío silencioso que parecía extenderse durante años luz.

Pero de repente algo cambió.

Una figura comenzó a moverse desde las filas del ejército rebelde.

Solo una.

Los demonios se apartaban mientras él avanzaba.

Sus alas negras se abrían lentamente, proyectando sombras gigantescas sobre el vacío estelar.

Lucifer caminaba hacia el centro del campo de batalla.

No llevaba ejército.

No llevaba armas.

Solo su presencia.

Los ángeles del cielo comenzaron a agitarse.

—¡Se acerca!

—¡El traidor avanza!

—¡Den la orden y lo destruiremos!

Pero Dios levantó la mano.

El silencio regresó inmediatamente.

Lucifer continuó caminando.

Cada paso suyo parecía desafiar directamente el orden del cosmos.

Finalmente se detuvo en el centro del vacío.

A mitad de camino entre los dos ejércitos.

Entre el cielo…

y la rebelión.

Levantó la mirada.

Sus ojos encontraron los de Dios.

Durante un largo momento ninguno habló.

Luego Lucifer sonrió.

No era una sonrisa llena de odio.

Era la sonrisa de alguien que acaba de demostrar un punto.

—Mira tu cielo, creador.

Su voz atravesó el vacío sin dificultad.

Cada ángel, cada demonio, cada entidad que observaba aquel momento la escuchó con claridad absoluta.

Lucifer extendió una mano hacia las filas donde los ángeles desertores ahora se alineaban bajo su bandera.

—Bastó una sola decisión tuya… —dijo lentamente— para que un tercio del cielo dejara de creer.

Un murmullo recorrió ambos ejércitos.

Dios respondió sin levantar la voz.

—No dejaron de creer.

Lucifer inclinó la cabeza ligeramente.

—¿Ah, no?

Dios continuó:

—Solo dejaron de obedecer.

Por un segundo el silencio fue total.

Luego Lucifer soltó una risa baja.

Una risa profunda, auténtica.

—Exactamente.

Abrió sus alas.

Gigantescas.

Oscuras.

Hermosas en su rebeldía.

—Por fin lo entiendes.

Su mirada recorrió el cielo.

—El universo no necesita obediencia.

Sus ojos volvieron a clavarse en Dios.

—Necesita libertad.

Fortuna observaba todo aquello con creciente inquietud.

Sus ojos comenzaron a brillar con intensidad.

Miles.

Millones.

Miles de millones de líneas de destino comenzaron a abrirse frente a ella.

Futuros posibles.

Batallas.

Mundos destruidos.

Estrellas colapsando.

Ejércitos cayendo.

Y en el centro de casi todos esos futuros…

Dios.

Muerto.

Fortuna retrocedió un paso.

Su respiración se volvió irregular.

Dios lo notó inmediatamente.

—¿Qué ocurre?

Ella no respondió de inmediato.

Sus ojos seguían viendo demasiado.

—He visto el destino…

Su voz tembló.

Dios la miró con atención.

—¿Qué viste?

Fortuna levantó la mirada hacia él.

Y por primera vez desde que se había convertido en diosa…

había miedo en su rostro.

—He visto esta guerra.

El silencio del universo parecía inclinarse para escucharla.

—Y en casi todos los futuros posibles…

sus ojos se llenaron de angustia.

—…tú mueres.

Lucifer ya estaba regresando hacia su ejército.

Pero detrás de él algo se movió.

Una figura gigantesca avanzó entre las filas de demonios.

Los demonios se apartaban con respeto absoluto.

Porque sabían quién era.

Kaelion.

El general.

Su armadura negra absorbía la luz de las estrellas cercanas como si fuera un agujero en la realidad. Sus alas metálicas se desplegaron lentamente, cada pluma reflejando destellos oscuros como cuchillas.

Su espada colosal descansaba sobre su hombro.

Una hoja tan antigua que parecía haber sido forjada antes de que existieran las galaxias.

Se detuvo junto a Lucifer.

Observó el cielo.

Observó a Dios.

Observó a Fortuna.

Luego habló.

Su voz era profunda.

Pesada.

Como si cada palabra estuviera hecha de metal.

—Si me lo ordenas…

sus dedos se cerraron lentamente alrededor del mango de su espada.

—puedo terminar esta guerra hoy.

Muchos demonios levantaron la cabeza al escuchar aquello.

Lucifer lo miró de reojo.

Había una chispa de respeto en sus ojos.

Porque conocía la historia de Kaelion.

Todos los antiguos la conocían.

El ser que se creó a sí mismo.

El guerrero que había surgido de la nada absoluta.

El que había encontrado al dios que gobernaba antes de la existencia actual…

y lo había destruido.

No con un golpe.

No con una explosión de poder.

Sino lentamente.

Pacientemente.

Durante eras.

Hasta que aquel dios cayó.

Y cuando Kaelion vio el poder y la voluntad de Lucifer…

se arrodilló.

No por obediencia.

Sino por elección.

Lucifer negó suavemente con la cabeza.

—No.

Kaelion frunció ligeramente el ceño.

—¿No?

Lucifer miró hacia el cielo una vez más.

Los ángeles seguían observando.

El universo entero parecía contener la respiración.

—Las guerras verdaderamente grandes —dijo Lucifer— no empiezan con un golpe.

Señaló el firmamento.

—Empiezan cuando el orden se rompe por completo.

Su sonrisa regresó.

—Y el cielo…

sus ojos brillaron.

—todavía se está rompiendo.

Kaelion observó nuevamente a Dios.

Durante un instante muy breve…

sus ojos mostraron algo extraño.

No odio.

No miedo.

Sino curiosidad.

Luego apoyó lentamente la punta de su espada contra el vacío.

El espacio alrededor de la hoja vibró.

—Entonces esperaré.

Lucifer levantó la mano.

Y millones de demonios comenzaron a agitarse como una tormenta viva preparándose para avanzar.

En el cielo, los ángeles ajustaban sus armas.

Fortuna seguía viendo los futuros.

Miles de ellos.

Millones.

Y en casi todos…

la guerra que estaba a punto de comenzar no solo destruiría mundos.

Destruiría dioses.

El universo estaba a punto de descubrir algo que jamás había enfrentado.

Una batalla…

donde incluso la eternidad podía morir.

Capítulo IV — El Primer Mandato de la Rebelión

El ejército de Lucifer no era un ejército común.

No marchaba.

No respiraba.

No dudaba.

Era una marea de voluntades oscuras extendiéndose por el vacío del universo como una tormenta que había esperado demasiado tiempo para desatarse.

Millones de criaturas se movían lentamente en formación alrededor de su líder.

Algunas tenían alas negras tan grandes como ciudades.

Otras eran masas de sombras vivientes que se retorcían como humo consciente.

Otras conservaban formas parecidas a los ángeles que habían sido alguna vez… pero sus armaduras estaban agrietadas, sus alas quemadas por la desobediencia y sus ojos brillaban con una luz roja e inquieta.

En el centro de aquella marea oscura flotaba Lucifer.

Parecía joven.

Demasiado joven para ser el líder de una rebelión cósmica.

Su rostro tenía la belleza arrogante de alguien que nunca ha conocido una derrota definitiva. Sus alas negras se movían con una energía inquieta, como si no pudiera quedarse quieto demasiado tiempo.

Giraba lentamente en el vacío mientras observaba el cielo distante donde aún brillaba el ejército de Dios.

Sonrió.

Una sonrisa peligrosa.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de todo esto?

Kaelion estaba detrás de él.

Inmóvil.

Imponente.

Su armadura negra absorbía la luz del universo como si fuera una grieta en la realidad misma. Su espada descansaba verticalmente frente a él, la punta hundida en el vacío como si incluso el espacio necesitara sostener su peso.

No respondió de inmediato.

Lucifer continuó hablando, como un adolescente que disfruta provocar.

—Durante eras… —dijo— todos pensaban que Dios lo tenía todo bajo control.

Giró lentamente en el aire.

—El gran creador.

El padre del orden.

El dueño del destino.

Su sonrisa se volvió más amplia.

—Y míralo ahora.

Señaló el cielo.

—Un tercio de sus ángeles se fue conmigo.

Kaelion finalmente habló.

Su voz era profunda.

Fría.

—No vinieron por ti.

Lucifer levantó una ceja.

—¿Ah, no?

—Vinieron por la oportunidad de elegir.

Lucifer soltó una pequeña risa.

—Eso fue lo que dije.

Pero Kaelion no sonreía.

Sus ojos estaban fijos en el universo.

No en el cielo.

En todo lo demás.

—Elegir no es suficiente.

Lucifer se cruzó de brazos.

—¿Ah sí?

—La rebelión necesita algo más.

Lucifer lo miró con curiosidad.

—¿Y qué sería eso, general?

Kaelion levantó lentamente su espada.

La hoja oscura reflejó estrellas distantes que parecían deformarse sobre su superficie.

—Consecuencias.

Un silencio pesado cayó sobre los demonios cercanos.

Lucifer inclinó la cabeza.

—Explícate.

Kaelion señaló el universo.

Galaxias.

Nebulosas.

Sistemas solares completos brillaban en la distancia como joyas suspendidas en la oscuridad infinita.

—Todo eso —dijo.

—Son las creaciones de Dios.

Lucifer observó el cosmos.

—Sí.

—Mientras sigan existiendo…

Kaelion bajó lentamente la espada.

—…el universo seguirá creyendo que le pertenece.

Lucifer comprendió.

Sus ojos brillaron.

—Quieres destruirlas.

Kaelion no respondió.

Pero el silencio fue respuesta suficiente.

Lucifer comenzó a reír.

No una risa malvada.

Era más parecido a la emoción de un joven que acaba de escuchar la idea más atrevida del mundo.

—Eso es brillante.

Giró hacia el ejército.

—¡Escucharon eso!

Millones de criaturas levantaron la cabeza.

Lucifer extendió los brazos.

—¡Vamos a romper todos los juguetes de papá!

Algunos demonios rugieron.

Otros golpearon sus armas contra sus armaduras.

Una vibración oscura recorrió toda la marea rebelde.

Pero Kaelion levantó una mano.

Y el ejército se quedó en silencio inmediatamente.

La autoridad del general era absoluta.

Su voz resonó como una orden tallada en piedra.

—Legiones.

Millones de ojos se fijaron en él.
—El primer mandato de la rebelión comienza ahora.

Su espada se levantó lentamente.

Y señaló una región lejana del universo.

Un sistema solar joven.

Un grupo de mundos recién creados donde la vida apenas comenzaba a despertar.

—Ese fue uno de los primeros regalos de Dios al cosmos.

Lucifer sonrió.

—Perfecto.

Kaelion continuó.

—Arránquenlo del mapa de la creación.

El ejército reaccionó como una bestia gigantesca despertando.

Las primeras legiones comenzaron a moverse.

Alas negras llenaron el espacio.

Sombras gigantescas se lanzaron hacia las estrellas.

Formaciones completas de demonios se dispersaron por el universo como enjambres oscuros.

Lucifer observaba fascinado.

—Esto va a ser divertido.

Kaelion lo miró.

—Esto no es diversión.

Lucifer lo miró de vuelta, todavía sonriendo.

—Para mí sí.

Luego observó las legiones alejarse.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto?

Kaelion guardó silencio.

Lucifer miró hacia el cielo una vez más.

Hacia Dios.

Hacia Fortuna.

Su sonrisa se volvió desafiante.

—Va a intentar detenernos.

Sus alas se desplegaron con fuerza.

—Y voy a demostrarle algo.
Kaelion lo observó con una mirada difícil de interpretar.

—¿Qué cosa?

Lucifer levantó la cabeza con orgullo juvenil.

—Que ya no puede controlarme.

Luego señaló el universo que ardía de movimiento con las legiones demoníacas avanzando.

—Ni a mí…

Sus ojos brillaron.

—ni a su creación.

A lo lejos, las primeras estrellas comenzaban a temblar.

La guerra ya no era una amenaza.

La guerra…

había comenzado.

Capítulo V — Cuando las Estrellas Comenzaron a Caer

El primer grito del universo no fue un sonido.

Fue una estrella muriendo.

En los límites de una joven galaxia, un sistema solar recién nacido comenzó a temblar. Sus planetas giraban todavía calientes, cubiertos de océanos primitivos y continentes que apenas comenzaban a formarse.

Era uno de los primeros regalos de Dios a la creación.

Un mundo donde la vida estaba destinada a despertar.

Pero aquel destino nunca llegaría.

Porque el cielo se oscureció.

Miles de sombras atravesaron el vacío como una tormenta imposible.

Las legiones de Lucifer.

Sus alas cubrieron la luz de la estrella como un eclipse vivo. Sus gritos de guerra retumbaron entre los planetas mientras descendían sobre el sistema como una avalancha de oscuridad.

Los mares del planeta principal comenzaron a agitarse violentamente.

Las montañas temblaron.

Los cielos ardieron con energía oscura.

Y en el corazón de aquella tormenta…

estaba Kaelion.

El general descendió lentamente entre sus legiones. Su armadura negra reflejaba los destellos de la estrella moribunda, mientras su espada gigantesca vibraba con un poder que parecía doblar el espacio a su alrededor.

Un demonio alado se inclinó ante él.

—General… las defensas celestiales se están acercando.

Kaelion levantó la mirada.

En la distancia, la luz apareció.

Miles de puntos brillantes avanzaban hacia el sistema solar.

El ejército de Dios.

Ángeles.

Arcángeles.

Serafines.

Sus armaduras resplandecían como soles pequeños mientras atravesaban el vacío con velocidad divina.

Kaelion habló con calma.

—Que se acerquen.

En el cielo celestial, la noticia llegó como un relámpago.

Uno de los arcángeles cayó de rodillas ante el Trono del Origen.

—¡Señor!

Su voz estaba llena de urgencia.

—Las legiones de Lucifer están atacando el sistema de Arkeniel.

Los ángeles alrededor del trono se agitaron inmediatamente.

—¡Es uno de los primeros mundos creados!

—¡Si lo destruyen, miles de especies jamás existirán!

—¡El equilibrio del sector colapsará!

Fortuna dio un paso hacia adelante.

Sus ojos ya estaban brillando con millones de líneas de destino.

—Ya comenzó… —susurró.

Dios la miró.

—¿Qué ves?

Fortuna cerró los ojos.

Y el universo se abrió ante ella.

Futuros.

Millones de futuros.

Batallas.

Estrellas colapsando.

Ejércitos cayendo.

Y en el centro de todos ellos…

Kaelion.

Siempre Kaelion.

Fortuna abrió los ojos con horror.

—El sistema va a caer.

Los ángeles alrededor del trono se quedaron en silencio.

Dios habló con calma.

—No si llegamos primero.

Su voz atravesó el cielo.

—¡Legiones celestiales!

Miles de ángeles levantaron sus armas.

—¡Marchamos ahora!

En el sistema de Arkeniel, el choque ocurrió como dos tormentas chocando en medio del universo.

Los ángeles llegaron envueltos en luz.

Los demonios respondieron con oscuridad.

Las dos mareas se encontraron entre los planetas.

El espacio se llenó de explosiones de energía divina.

Espadas de luz chocaban contra armas forjadas en sombras. Las alas de los serafines brillaban como incendios blancos mientras atravesaban las formaciones demoníacas.

Los demonios respondían con furia salvaje.

El vacío se convirtió en un campo de batalla caótico donde miles de seres chocaban entre sí con poderes capaces de fracturar asteroides.

Pero en el centro del conflicto…

Kaelion seguía inmóvil.

Observando.

Un demonio se acercó.

—General… los ángeles están resistiendo.

Kaelion levantó su espada.

—Eso significa que aún no han visto el final.

En ese momento el espacio tembló.

Una luz gigantesca atravesó el sistema.

Dios había llegado.

Las legiones celestiales se detuvieron un instante al verlo.

Su presencia llenaba el sistema solar como un segundo sol.

Fortuna apareció a su lado.

Sus ojos brillaban con desesperación.

—Todavía podemos cambiar esto.

Dios observó el campo de batalla.

—Entonces hazlo.

Fortuna extendió las manos.

Los hilos del destino comenzaron a aparecer a su alrededor.

Miles.

Millones.

Ella comenzó a moverlos.

Intentando alterar el futuro.

Intentando salvar el sistema.

Intentando evitar la catástrofe.

Pero algo ocurrió.

Uno de los hilos del destino…

se rompió.

Fortuna abrió los ojos.

—No…

Otro hilo se rompió.

Luego otro.

Y otro.

Como si alguien estuviera cortando el destino mismo.

Kaelion levantó su espada.

—El destino no me gobierna.

La hoja descendió lentamente.

Y el espacio alrededor del planeta comenzó a colapsar.

La gravedad se deformó.

La estrella del sistema comenzó a temblar violentamente.

Los ángeles miraron horrorizados.

—¡Está rompiendo el núcleo estelar!

Fortuna gritó:

—¡Detenlo!

Dios avanzó.

Pero Kaelion ya había terminado el movimiento.

La estrella se contrajo.

Durante un segundo…

todo quedó en silencio.

Luego explotó en una expansión de energía que iluminó todo el sistema.

Los planetas comenzaron a desintegrarse bajo la onda cósmica.

Las legiones celestiales se retiraron rápidamente.

Los demonios se dispersaron riendo y gritando.

Fortuna cayó de rodillas.

Sus ojos estaban llenos de incredulidad.

—No pude cambiarlo…

Dios observó la destrucción del sistema.

Una de sus primeras creaciones…

desapareciendo.

Kaelion lo miró desde la distancia.

Sin emoción.

Sin orgullo.

Solo certeza.

Lucifer apareció flotando cerca de él.

Sus ojos brillaban con emoción juvenil.

—¡¿Viste eso?!

Se volvió hacia Kaelion riendo.

—¡Acabamos de destruir uno de los primeros mundos de Dios!

Extendió los brazos hacia el universo.

—¡Esto es increíble!

Kaelion lo observó en silencio.

Lucifer volvió a mirar a Dios en la distancia.

Su sonrisa era desafiante.

—¿Sabes qué significa esto?

Kaelion respondió.

—Que la guerra ya no puede detenerse.

Lucifer asintió.

—Exacto.

Sus alas negras se abrieron como una tormenta.

—Y esto… —dijo mirando el universo— …

—apenas fue el comienzo.

Capítulo VI — El Futuro que Sangra

El universo gritaba.

No era un sonido que pudiera escucharse con oídos. No había aire en el vacío para transportar un lamento. Pero aun así… el grito existía.

Las estrellas lo sentían.

Las galaxias lo sentían.

Las corrientes invisibles que sostenían el tejido de la realidad vibraban como cuerdas tensas que alguien estaba rompiendo una por una.

La guerra había comenzado.

En lo profundo del cielo fracturado, sobre los restos luminosos del Trono del Origen, Dios permanecía en silencio.

A su lado estaba Fortuna.

Ambos observaban el universo.

Y el universo estaba muriendo.

En la distancia, un sistema estelar entero colapsaba bajo el ataque de las primeras legiones demoníacas. Millones de criaturas surgidas de la rebelión se arremolinaban alrededor de una estrella joven que aún no había terminado de nacer.

La envolvían.

La desgarraban.

Como lobos rodeando un corazón de fuego.

La estrella tembló.

Su luz se volvió inestable.

Y entonces…

explotó.

Una supernova nacida no del ciclo natural de la creación, sino de la violencia de una guerra que aún ni siquiera había alcanzado su primer día.

La onda de choque atravesó planetas cercanos.

Mundos que apenas comenzaban a enfriarse se partieron como vidrio.

Continentes enteros se evaporaron en segundos.

Océanos que habrían podido albergar vida algún día desaparecieron convertidos en vapor cósmico.

Fortuna cerró los ojos.

Su rostro, normalmente sereno como el equilibrio del destino mismo, estaba marcado por una angustia profunda.

—Están destruyendo mundos que aún no habían vivido… —susurró.

Dios no respondió.

Sus ojos observaban la expansión de la explosión.

En su mirada había algo que muy pocos seres en la historia del universo habían visto jamás.

Dolor.

No el dolor de una herida.

Sino el dolor de un padre que ve morir a sus hijos.

—Ese mundo… —dijo Dios finalmente.

Su voz era baja.

—Yo lo vi nacer.

Fortuna abrió los ojos lentamente.

—¿Qué quieres decir?

Dios levantó una mano hacia la distancia, donde los restos de aquel sistema solar flotaban ahora como polvo brillante.

—Hace millones de años… —dijo— tomé una nube de gas frío que flotaba sola en el borde de una galaxia joven.

Sus dedos se cerraron lentamente.

—La comprimí. La calenté. La empujé a encenderse.

Fortuna lo miraba.

—Esa estrella… —continuó Dios— tardó ochocientos mil años en despertar.

La supernova seguía expandiéndose en silencio.

—Yo la vi arder por primera vez.

Sus palabras se quebraron apenas.

—Y ahora…

Su voz desapareció.

Fortuna sintió algo romperse dentro de ella.

Porque por primera vez comprendía lo que significaba realmente la guerra.

No era un conflicto entre ejércitos.

Era el asesinato de la creación misma.

—Esto es mi culpa… —susurró.

Dios giró hacia ella inmediatamente.

—No.

—Si yo no hubiera—

—No.

La palabra fue firme.

Pero no fue dura.

Fue triste.

—La libertad siempre iba a encontrar una excusa para existir —dijo Dios—. Tú no la creaste.

Fortuna bajó la mirada.

Pero sus ojos comenzaron a brillar.

No con lágrimas.

Con destino.

Miles de hilos invisibles comenzaron a abrirse frente a ella.

Millones.

Futuros posibles.

Fortuna respiró profundamente.

—Voy a mirar otra vez.

Dios la observó con preocupación.

—Fortuna…

Pero ella ya estaba descendiendo dentro del tejido del destino.

El universo desapareció a su alrededor.

El tiempo dejó de existir.

Y frente a ella se abrió el océano infinito de lo que podría ser.

Los futuros comenzaron a desplegarse.

Miles.

Millones.

Billones.

En uno de ellos, la guerra se extendía durante mil años y terminaba con el cielo reducido a cenizas.

En otro, los demonios destruían galaxias enteras hasta que la oscuridad dominaba el cosmos.

En otro, Lucifer atravesaba el corazón de Dios con una lanza hecha de estrellas muertas.

Fortuna retrocedió.

—No…

Pero los futuros seguían llegando.

En uno de ellos, Dios luchaba contra Kaelion en el borde de la eternidad.

La batalla era brutal.

Golpes capaces de romper constelaciones enteras.

Y al final…

Dios caía.

Muerto.

Otro futuro.

Otra batalla.

Otra muerte.

Otro futuro.

Otro.

Otro.

Otro.

—¡No! —gritó Fortuna.

Pero los futuros no se detenían.

Una y otra vez…

Dios moría.

Y siempre había alguien cerca.

Una figura.

Una sombra.

Fortuna forzó su visión a acercarse.

La sombra se volvió más clara.

Un guerrero.

Armadura negra.

Espada gigantesca.

Alas metálicas.

Kaelion.

Pero algo estaba mal.

Fortuna intentó mirar su destino.

Intentó seguir los hilos que conectaban su existencia con el resto del universo.

Y no había nada.

Los hilos se rompían.

Se curvaban.

Desaparecían.

Kaelion era un vacío dentro del destino.

Un punto ciego.

Fortuna retrocedió con horror.

—Eso es imposible…

El destino no tenía vacíos.

Nada existía fuera de él.

Nada.

Pero Kaelion…

no estaba escrito.

Fortuna salió de la visión abruptamente.

Regresó al cielo como si hubiera sido expulsada por la fuerza.

Su respiración era irregular.

Dios la sostuvo antes de que cayera.

—¿Qué viste?

Fortuna lo miró.

Y por primera vez desde que se había convertido en diosa…

sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Te vi morir.

El silencio entre ellos fue absoluto.

—Una y otra vez —continuó ella—. En miles de futuros.

Dios no respondió.

—En casi todos… Kaelion te mata.

El nombre quedó suspendido en el vacío.

Dios cerró los ojos lentamente.

Como si ya lo supiera.

Fortuna tomó su mano.

—Intenté ver su destino —dijo con voz quebrada—. Pero no existe.

Dios abrió los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—No está escrito.

El universo parecía inclinarse hacia ellos.

—Kaelion… es invisible para el destino.

Dios miró hacia la distancia donde el ejército demoníaco se extendía como una tormenta viva.

—Entonces él es el arma perfecta contra el orden —susurró.

Fortuna respiró con dificultad.

—Pero… hay algo más.

Dios volvió a mirarla.

—Seguí buscando.

—¿Y?

Fortuna dudó.

—Encontré un futuro.

—¿Solo uno?

Ella asintió lentamente.

—Uno… donde tú no mueres.

El corazón mismo del cielo pareció detenerse.

—¿Qué ocurre en ese futuro? —preguntó Dios.

Fortuna tragó saliva.

—Tú no peleas.

El silencio se volvió más pesado.

—¿No peleo?

—No.

—¿Entonces quién lo hace?

Fortuna levantó la mirada.

Sus ojos estaban llenos de un asombro profundo.

—Alguien más.

Dios frunció el ceño.

—¿Quién?

Fortuna cerró los ojos.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Porque aún no existe.

Las palabras flotaron entre ellos como una profecía.

Dios la miró con incredulidad.

—¿No ha nacido?

Fortuna negó lentamente.

—Todavía no.

Dios volvió la mirada hacia el universo que ardía.

En la distancia, otra estrella acababa de morir.

Otro sistema solar se desintegraba bajo el avance de las legiones de Lucifer.

El cosmos se estaba rompiendo.

Y aun así…

en medio de todo ese dolor…

había una posibilidad.

Una sola.

Dios apretó suavemente la mano de Fortuna.

—Entonces tenemos que proteger el tiempo suficiente para que ese alguien llegue.

Fortuna lo miró.

—¿Y si no llega?

Dios observó la destrucción de sus mundos.

Sus ojos brillaban con una tristeza infinita.

—Entonces…

su voz se quebró por primera vez.

—Entonces el universo morirá conmigo.

Fortuna lo abrazó.

Y por un momento…

en medio de una guerra que estaba destruyendo estrellas…

Dios y la diosa del destino lloraron juntos por la creación que ambos amaban.

En algún lugar del universo…

aún no nacido…

existía alguien…

capaz de enfrentarse al único ser que el destino no podía ver.

Kaelion.

Capítulo VII — Los Mensajeros del Silencio

El universo seguía ardiendo.

No con fuego visible en todas partes, sino con la lenta y terrible violencia de una guerra que apenas había comenzado y ya estaba dejando cicatrices imposibles de borrar.

Galaxias enteras temblaban.

Estrellas morían antes de tiempo.

Mundos jóvenes eran reducidos a polvo por ejércitos que no conocían misericordia.

Y en el corazón del cielo fracturado, Dios observaba.

Durante un largo tiempo no dijo nada.

Los ángeles restantes permanecían alineados en silencio, formando un océano de luz alrededor del Trono del Origen. Sus armaduras brillaban, pero aquel brillo ya no tenía la serenidad de antes. Era un resplandor inquieto, cargado de miedo y de tristeza.

Fortuna estaba a su lado.

Sus ojos recorrían el universo constantemente, viendo los hilos del destino temblar bajo el peso de la guerra.

Finalmente Dios habló.

—Esto no puede continuar así.

Su voz era baja, pero atravesó el cielo entero.

Un arcángel dio un paso adelante.

Era Sariel.

Sus seis alas de luz se desplegaron lentamente.

—¿Cuál es tu mandato, Señor?

Dios miró hacia la distancia donde el ejército rebelde se extendía como una tormenta oscura.

—Quiero hablar con Lucifer.

Un murmullo recorrió las filas celestiales.

Fortuna lo miró con preocupación.

—¿Hablar?

Dios asintió.

—Aún queda tiempo para detener esto.

Fortuna observó el horizonte oscuro donde millones de demonios se movían como un océano vivo.

—Lucifer ya tomó su decisión.

—Tal vez —respondió Dios—.

Luego su voz se volvió más suave.

—Pero antes de que el universo se convierta en cenizas… debo intentarlo.

Fortuna guardó silencio.

Sabía que el destino era frágil.

Sabía que algunos caminos solo podían descubrirse caminándolos.

Dios levantó la mirada hacia Sariel.

—Envía mensajeros.

El arcángel inclinó la cabeza.

—¿Cuántos?

Dios pensó un momento.

—Tres.

Fortuna cerró los ojos lentamente.

Los hilos del destino temblaron.

Pero no dijo nada.

Sariel giró hacia las filas de ángeles.

—¡Avancen!

Tres figuras salieron de la multitud celestial.

Tres ángeles guerreros.

Sus armaduras doradas reflejaban la luz del cielo. Sus alas blancas se extendían majestuosas detrás de ellos.

El primero se llamaba Elyon.

El segundo Mikael.

El tercero Rashiel.

Se arrodillaron frente a Dios.

—Señor —dijo Elyon—. Llevaremos tu palabra.

Dios los miró.

En su mirada había orgullo.

Y una preocupación que intentaba ocultar.

—Díganle a Lucifer que el universo aún puede salvarse.

Mikael preguntó:

—¿Y si se niega?

Dios respondió lentamente:

—Entonces sabremos que la guerra es inevitable.

Los tres ángeles inclinaron la cabeza.

—Así será.

Fortuna observaba en silencio.

Algo dentro de ella se retorcía.

Los hilos del destino vibraban con una tensión terrible.

Pero el momento ya había comenzado.

Los tres ángeles desplegaron sus alas.

Y partieron.

Cruzaron el cielo como tres estrellas vivientes.

Atravesaron la frontera donde la luz del cielo comenzaba a debilitarse.

Y finalmente llegaron al territorio rebelde.

El contraste era brutal.

Donde el cielo era claridad ordenada…

el ejército de Lucifer era caos consciente.

Millones de demonios se movían en formaciones oscuras.

Algunos tenían cuerpos gigantescos cubiertos de placas negras.

Otros eran criaturas hechas de sombras que cambiaban constantemente de forma.

Y en el centro de aquel océano oscuro…

estaban ellos.

Lucifer.

Y Kaelion.

Lucifer flotaba tranquilamente en el vacío, observando el avance de sus legiones que destruían sistemas solares lejanos.

Sonreía.

Parecía un joven disfrutando de un espectáculo.

Kaelion estaba detrás de él.

Inmóvil.

Imponente.

Su espada gigantesca descansaba verticalmente frente a él.

Cuando los tres ángeles llegaron, los demonios comenzaron a murmurar.

Lucifer levantó una ceja.

—Mira eso —dijo con diversión—.

Señaló el cielo.

—Visitas.

Kaelion observó en silencio.

Los tres ángeles descendieron frente a ellos.

Elyon habló primero.

—Lucifer.

La sonrisa de Lucifer se amplió.

—Hace mucho que nadie me llama así sin insulto después.

Mikael continuó:

—Venimos con un mensaje de Dios.

Lucifer fingió sorpresa.

—¿Ah sí?

Cruzó los brazos.

—Esto va a ser interesante.

Rashiel habló con firmeza.

—La guerra puede detenerse.

Lucifer lo miró.

Y comenzó a reír.

No fue una risa pequeña.

Fue una carcajada larga.

Cruel.

—¿Detenerse?

Se acercó lentamente a los ángeles.

—¿Después de todo lo que ya empezó?

Se inclinó hacia Elyon.

—¿Sabes cuántos mundos han muerto hoy?

Elyon no respondió.

Lucifer susurró:

—Yo tampoco.

Luego se enderezó.

—Porque ya perdí la cuenta.

Mikael dio un paso adelante.

—Esto no tiene que continuar.

Lucifer suspiró con dramatismo.

—Qué discurso tan bonito.

Luego giró la cabeza hacia Kaelion.

—General.

Kaelion levantó la mirada.

—Sí.

Lucifer señaló a los ángeles.

—¿Puedes encargarte de esto?

Kaelion respondió sin emoción.

—Sí.

Los ángeles se tensaron.

Elyon levantó su lanza.

—No vinimos a luchar.

Kaelion dio un paso adelante.

—No importa.

Su espada se levantó.

El primer golpe fue instantáneo.

La hoja atravesó el pecho de Elyon.

La armadura celestial se rompió como vidrio.

La espada salió por la espalda del ángel.

Elyon abrió los ojos con sorpresa.

Miró hacia abajo.

—Yo…

La luz de su cuerpo comenzó a apagarse.

Kaelion lo sacó de la espada.

El cuerpo cayó lentamente en el vacío.

Lucifer aplaudió suavemente.

—Uno.

Mikael gritó y atacó.

Su lanza brilló como un relámpago.

Kaelion la desvió con facilidad.

Luego giró la espada.

El filo cruzó el cuello del ángel.

La cabeza de Mikael se separó del cuerpo.

La luz salió disparada como sangre de estrellas.

Lucifer sonrió ampliamente.

—Dos.

Rashiel retrocedió horrorizado.

—¡Monstruos!

Lucifer lo miró con calma.

—No.

Señaló a Kaelion.

—Él es eficiente.

Kaelion caminó hacia Rashiel.

El ángel levantó su espada.

—¡Por el cielo!

Atacó.

Kaelion bloqueó.

Golpeó.

La espada negra atravesó el abdomen del ángel.

Rashiel gritó.

Kaelion giró la hoja lentamente dentro de su cuerpo.

El grito se volvió más débil.

Luego el general sacó la espada.

El ángel cayó.

Lucifer suspiró satisfecho.

—Tres.

Miró los cuerpos flotando.

—Devuélveselos.

Kaelion asintió.

Levantó una mano.

Una onda de energía oscura envolvió los cadáveres angelicales.

Y los lanzó hacia el cielo.

Los cuerpos atravesaron el espacio durante minutos.

Hasta que finalmente…

aparecieron frente al Trono del Origen.

Los ángeles del cielo los vieron llegar.

Primero uno.

Luego otro.

Luego el tercero.

Los cuerpos chocaron contra el suelo de luz.

Inertes.

Sin brillo.

Sin vida.

El silencio fue absoluto.

Dios descendió lentamente.

Caminó hacia el primero.

Elyon.

Se arrodilló.

Sus manos tocaron el rostro sin vida del ángel.

—No…

Su voz tembló.

Caminó hacia el segundo.

La cabeza de Mikael rodó suavemente por el suelo de luz.

Dios la recogió.

Sus manos temblaban.

—No…

Luego vio al tercero.

Rashiel.

El pecho atravesado.

Dios cayó de rodillas.

El dolor salió de su pecho como un rugido ahogado.

—¡NO!

El cielo entero tembló.

Sus manos se aferraron al cuerpo del ángel.

—Yo los envié…

Su voz se rompió.

—Yo los envié…

Lágrimas de luz comenzaron a caer de sus ojos.

Fortuna se acercó lentamente.

Se arrodilló junto a él.

Lo abrazó.

Dios temblaba.

—Eran mis hijos…

Fortuna apoyó su frente contra la de él.

Su voz fue suave.

Firme.

—Lo sé.

Dios apretó los ojos.

—Los envié a morir.

Fortuna sostuvo su rostro entre sus manos.

—No.

—Sí…

—No.

Dios la miró.

Ella habló con una fuerza tranquila.

—Los enviaste con esperanza.

Dios sollozó.

El cielo entero sentía su dolor.

Fortuna lo abrazó con más fuerza.

—La guerra apenas comienza —susurró—.

—No puedes romperte ahora.

Dios temblaba en sus brazos.

—Estoy cansado…

Fortuna cerró los ojos.

Pero su voz fue firme.

—Entonces apóyate en mí.

El cielo permaneció en silencio.

Mientras Dios lloraba sobre los cuerpos de sus ángeles.

Y la diosa del destino lo sostenía.

Fuerte.

Aunque su propio corazón también se estaba rompiendo.

Capítulo VIII — La Llegada

La Tierra flotaba en silencio.

Un pequeño planeta azul girando alrededor de una estrella común en un rincón modesto de la galaxia. Desde la distancia parecía frágil, casi insignificante frente a la inmensidad del universo.

Pero para Dios…

era todo.

Océanos profundos.

Montañas antiguas.

Bosques donde la vida respiraba libremente.

Ciudades llenas de millones de almas que amaban, temían, soñaban y sufrían.

Era el único lugar en toda la creación donde lo divino había decidido volverse vulnerable.

Y Lucifer lo sabía.

Por eso había venido.

El cielo sobre la Tierra se oscureció primero.

No como cuando llega la noche. No como cuando una tormenta cubre el sol.

Fue algo más profundo.

Algo más pesado.

Las estrellas comenzaron a desaparecer una por una, como si alguien estuviera apagando las luces del universo.

Luego apareció la primera sombra.

Gigantesca.

Una nave demoníaca del tamaño de una ciudad descendía lentamente desde el vacío espacial.

Su estructura parecía viva: placas negras moviéndose como escamas, grietas por donde escapaban luces rojas pulsantes.

Y detrás de ella…

miles.

Decenas de miles.

Un ejército que cubría el cielo entero.

Las nubes se arremolinaron violentamente mientras la atmósfera temblaba bajo el peso de la invasión.

Dentro de la nave principal, Lucifer observaba.

Sus manos descansaban detrás de la espalda mientras caminaba lentamente frente a un ventanal inmenso que mostraba la Tierra debajo.

Azul.

Brillante.

Hermosa.

Lucifer sonrió.

—Así que este es el tesoro —dijo con suavidad.

Kaelion estaba detrás de él, inmóvil como una estatua de guerra.

—Sí.

Lucifer inclinó la cabeza ligeramente.

—La joya de la creación.

Se giró lentamente.

—El mundo que Dios ama más que cualquier estrella.

Sus ojos brillaron con una crueldad tranquila.

—El único lugar donde decidió caminar como uno de ellos.

Kaelion respondió con una voz grave.

—Un objetivo estratégico.

Lucifer soltó una pequeña risa.

—No, Kaelion.

Se acercó otra vez al ventanal.

—Esto no es estrategia.

Apoyó la mano sobre el cristal oscuro.

—Esto es personal.

Debajo de ellos, la Tierra giraba lentamente.

Las ciudades aún brillaban con millones de luces humanas que ignoraban completamente lo que estaba ocurriendo en el cielo.

Lucifer observó durante unos segundos.

Luego habló con un tono frío.

—¿Sabes por qué Dios creó a los humanos?

Kaelion respondió inmediatamente.

—Libertad.

Lucifer negó lentamente con la cabeza.

—No.

Sonrió.

—Porque estaba solo.

El general demoníaco guardó silencio.

Lucifer continuó caminando.

—Creó galaxias… trillones de estrellas… mundos incontables.

Se detuvo frente a una proyección holográfica de la Tierra.

—Pero ninguno lo sorprendía.

Su dedo recorrió lentamente el planeta.

—Hasta que hizo esto.

Se giró hacia Kaelion.

—Una criatura capaz de elegir.

Sus ojos brillaban.

—Capaz de amar incluso cuando el universo les daba razones para odiar.

Lucifer volvió a mirar el planeta.

Su sonrisa se volvió más cruel.

—Eso lo fascina.

Kaelion preguntó:

—¿Y por eso quieres destruirlo?

Lucifer lo miró como si la respuesta fuera obvia.

—No.

Se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Quiero que lo vea morir.

El silencio llenó la sala.

Lucifer levantó una mano.

Inmediatamente apareció un mapa tridimensional del planeta.

Continentes.

Océanos.

Ciudades.

Millones de puntos de vida brillaban en la proyección.

Lucifer comenzó a señalar lugares.

—Primero… aquí.

Una ciudad gigantesca apareció ampliada.

—Centros de población.

Otro punto.

—Infraestructura energética.

Otro.

—Sistemas de comunicación.

Kaelion observaba con absoluta calma.

Lucifer continuó.

—Quiero que el caos sea total.

Se giró hacia su general.

—Nada de exterminio rápido.

Kaelion levantó una ceja.

—¿Prefieres prolongar la destrucción?

Lucifer sonrió ampliamente.

—Exacto.

Caminó lentamente frente a él.

—Quiero que Dios vea cada segundo.

Se acercó más.

—Cada ciudad cayendo.

—Cada grito.

—Cada oración que no podrá responder.

Sus ojos ardían.

—Quiero que entienda lo que significa perder algo que amas.

Kaelion respondió con absoluta frialdad.

—Se hará.

Lucifer levantó la mano.

Las puertas de la sala se abrieron.

Decenas de comandantes demoníacos entraron.

Criaturas enormes con armaduras vivientes y ojos ardientes.

Lucifer los observó como un rey observando a su ejército.

—Escuchen con atención.

La proyección de la Tierra giraba lentamente sobre ellos.

—Este planeta es especial.

Uno de los comandantes gruñó.

—¿Debemos destruirlo completamente?

Lucifer negó con la cabeza.

—No todavía.

Señaló el planeta.

—Primero quiero que sienta miedo.

Otro demonio preguntó:

—¿Cómo procedemos?

Lucifer comenzó a caminar lentamente mientras hablaba.

—Ataquen las ciudades principales.

—Destruyan satélites.

—Corten las comunicaciones globales.

—Generen pánico.

Se detuvo.

—Quiero caos absoluto en menos de seis horas.

Los demonios asintieron con entusiasmo salvaje.

Lucifer se volvió hacia Kaelion.

—General.

Kaelion dio un paso adelante.

—Sí.

—Tus legiones liderarán la primera ola.

—Sí.

Lucifer lo miró fijamente.

—No tengas piedad.

Kaelion respondió con una calma aterradora.

—No la tengo.

Lucifer sonrió.

—Perfecto.

Se giró nuevamente hacia el planeta.

—Comiencen.

Las alarmas resonaron dentro de la nave.

Miles de portales se abrieron alrededor de la flota.

Las primeras legiones demoníacas comenzaron a descender hacia la Tierra como meteoros negros.

Kaelion caminó hacia la salida de la sala.

Lucifer lo llamó antes de que cruzara la puerta.

—Kaelion.

El general se detuvo.

—Sí.

Lucifer habló con una sonrisa cruel.

—Cuando comience el ataque…

miró nuevamente la Tierra.

—quiero que Dios esté mirando.

Kaelion respondió:

—Lo estará.

Lucifer observó el planeta azul una última vez antes del inicio de la invasión.

Y sus palabras finales fueron apenas un susurro.

—Mira bien, Padre…

Sus ojos brillaban con un placer oscuro.

—porque voy a destruir lo que más amas.

Capítulo IX — Semillas en la Tierra

El cielo de Dios estaba en silencio.

No era el silencio sereno de otros tiempos, cuando la creación descansaba en equilibrio.

Era un silencio pesado, quebrado por el dolor reciente.

Los cuerpos de los tres mensajeros angelicales aún reposaban sobre el suelo luminoso frente al Trono del Origen. Elyon. Mikael. Rashiel.

Sus alas, antes radiantes, estaban apagadas.

Miles de ángeles rodeaban el lugar. Guerreros de luz que habían visto el nacimiento de galaxias, que habían contemplado la expansión del universo mismo.

Y ahora lloraban.

Las lágrimas de los ángeles no eran agua.

Eran partículas de luz que caían lentamente, como polvo de estrellas, y se disolvían al tocar el suelo celestial.

Uno de los ángeles se arrodilló frente al cuerpo de Mikael.

—Hermano… —susurró con la voz quebrada.

Otro apoyó su frente contra el pecho sin vida de Rashiel.

—Juramos que te protegeríamos…

Pero ya no había respuesta.

Fortuna observaba todo.

Sus manos estaban entrelazadas frente a su pecho, como si intentara sostener algo que se estaba rompiendo dentro de ella.

Los hilos del destino vibraban con violencia.

Algo terrible se acercaba.

Entonces ocurrió.

Una visión la atravesó.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¡No…!

Dios giró hacia ella inmediatamente.

—Fortuna.

Su voz era firme, pero cargada de preocupación.

—¿Qué viste?

Fortuna temblaba.

Sus ojos miraban hacia el universo como si estuviera presenciando algo imposible de aceptar.

—Ellos… —susurró.

—¿Quiénes?

Fortuna levantó lentamente la mano.

En el cielo apareció una proyección del cosmos.

Y allí estaba.

Una flota.

Gigantesca.

Miles de naves demoníacas descendiendo hacia un pequeño punto azul.

La Tierra.

El silencio se rompió.

Los ángeles comenzaron a murmurar.

—No…

—Ese es el mundo humano…

—No pueden…

Fortuna habló con la voz quebrada.

—Lucifer va hacia la Tierra.

El rostro de Dios se tensó.

—¿Cuántos?

Fortuna cerró los ojos brevemente.

—Todos.

La palabra cayó como una sentencia.

Dios dio un paso hacia la proyección.

Observó el planeta azul girando tranquilamente, aún ajeno a la tormenta que descendía sobre él.

Sus océanos brillaban.

Sus continentes respiraban vida.

Sus ciudades estaban llenas de millones de seres humanos viviendo sus pequeñas historias.

Amando.

Luchando.

Esperando.

Dios extendió lentamente la mano hacia la imagen.

Sus dedos temblaron.

—Mi mundo…

Fortuna se acercó.

—Lucifer lo eligió porque sabe que es lo que más amas.

Dios cerró los ojos.

Un dolor profundo atravesó su pecho.

—Lo sé.

Los ángeles comenzaron a llorar abiertamente.

Un ejército de seres eternos quebrándose al mismo tiempo.

Sariel cayó de rodillas.

—¡No podemos permitirlo!

Otro arcángel gritó:

—¡Debemos atacar ahora!

Pero Dios levantó la mano.

Y el cielo volvió a quedar en silencio.

Su mirada estaba fija en la Tierra.

En su voz no había ira.

Había algo más poderoso.

—Lucifer cree que la destrucción es la fuerza más grande del universo.

Fortuna lo observó.

—¿Y no lo es?

Dios negó lentamente.

—No.

Giró hacia ella.

Sus ojos estaban llenos de tristeza, pero también de una determinación profunda.

—El amor lo es.

Fortuna lo miró en silencio.

—¿Qué vas a hacer?

Dios levantó la mirada hacia sus legiones.

Miles de ángeles lo observaban con ojos llenos de lágrimas.

—Escúchenme.

Su voz atravesó el cielo.

—Lucifer quiere destruir la Tierra porque cree que es el corazón de mi creación.

Pausa.

—Y tiene razón.

Los ángeles guardaron silencio.

—Ese mundo es el lugar donde el amor humano existe.

Dios caminó lentamente entre sus legiones.

—No puedo defenderlo solo con fuerza.

Se detuvo.

—Debemos sembrar algo más poderoso.

Fortuna frunció el ceño.

—¿Qué?

Dios levantó la mano.

Millones de hilos de luz comenzaron a aparecer alrededor de los ángeles.

—Esperanza.

Los ángeles lo miraban sin entender.

Entonces Dios habló con claridad absoluta.

—Descenderán a la Tierra.

Un murmullo recorrió las filas.

—Pero no como guerreros.

Fortuna abrió los ojos con sorpresa.

—¿Como qué?

Dios respondió con calma.

—Como humanos.

El silencio fue total.

Sariel habló con incredulidad.

—¿Quieres que vivamos entre ellos?

—Sí.

Otro ángel preguntó:

—¿Sin poderes?

—Sí.

—¿Vulnerables?

—Sí.

Los ángeles comenzaron a mirarse entre sí.

Dios continuó:

—Nacerán como hombres y mujeres.

—Amarán.

—Sufrirán.

—Perdonarán.

—Construirán.

Su voz se volvió más intensa.

—Quiero que el amor humano se multiplique en la Tierra.

Fortuna lo observaba profundamente.

—Quieres que el amor mismo sea el escudo del planeta.

Dios asintió.

—Lucifer no entiende el amor.

Sus ojos se volvieron firmes.

—Y por eso nunca podrá destruirlo.

Sariel se levantó lentamente.

—Entonces iremos.

Otro ángel dio un paso adelante.

—Todos iremos.

Miles de voces comenzaron a unirse.

—¡Por la Tierra!

—¡Por la creación!

—¡Por el amor!

Fortuna sintió algo cálido dentro de su pecho.

Pero en ese mismo instante…

otro hilo del destino se abrió.

Y la visión llegó.

Sus ojos se llenaron de horror.

—Dios…

Él la miró.

—¿Qué pasa?

Fortuna habló con un susurro.

—Lucifer está haciendo lo mismo.

El cielo se congeló.

Dios frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Fortuna levantó la mano.

Otra visión apareció.

En la nave demoníaca…

Lucifer caminaba frente a Kaelion.

Su sonrisa era fría.

—Si Dios siembra amor… —dijo con diversión.

Se detuvo frente al general.

—Nosotros sembramos odio.

Kaelion inclinó la cabeza.

—Humanos rebeldes.

—Humanos que odien la autoridad.

—Humanos que amen la violencia.

Lucifer levantó las manos como si estuviera dirigiendo una sinfonía oscura.

—Guerras.

—Traición.

—Ambición.

Sus ojos ardían.

—Todo lo que corrompe el corazón humano.

Kaelion respondió con absoluta serenidad.

—Los crearemos.

Lucifer sonrió.

—Perfecto.

La visión desapareció.

Fortuna miró a Dios con angustia.

—La Tierra se convertirá en un campo de batalla.

Dios observó el planeta azul.

Su creación más amada.

Su voz fue suave.

—Siempre lo fue.

Fortuna lo miró.

—Entonces la guerra ahora vivirá dentro del corazón humano.

Dios asintió lentamente.

—Sí.

Sus ojos estaban llenos de una tristeza infinita.

Pero también de esperanza.

—Y allí… es donde el amor tendrá que ganar.

Capítulo X — La Primera Herida

La flota de Lucifer rodeaba la Tierra.

Miles de naves demoníacas suspendidas sobre el planeta como un enjambre oscuro listo para descender. Sus estructuras negras absorbían la luz del sol mientras la atmósfera terrestre vibraba bajo su presencia.

Desde el ventanal principal de la nave insignia, Lucifer observaba.

El planeta azul giraba lentamente frente a él.

Océanos inmensos reflejaban la luz de la estrella.

Nubes blancas se desplazaban sobre continentes verdes y marrones.

Las ciudades humanas brillaban con millones de puntos de luz.

Lucifer permanecía en silencio.

Detrás de él, Kaelion estaba de pie como siempre: inmóvil, su armadura negra reflejando débilmente el brillo de la Tierra.

Durante varios minutos ninguno habló.

Finalmente Lucifer rompió el silencio.

—Es… más hermoso de lo que esperaba.

Kaelion respondió sin emoción.

—La belleza no tiene valor estratégico.

Lucifer no respondió de inmediato.

Seguía mirando el planeta.

—Tal vez no.

Apoyó lentamente la mano sobre el cristal del ventanal.

—Pero ahora entiendo por qué él lo ama tanto.

Kaelion no respondió.

Lucifer siguió observando.

Algo estaba ocurriendo.

Era una sensación extraña.

Pequeña al principio.

Casi imperceptible.

Como una grieta en un muro que llevaba eternidades intacto.

Lucifer frunció el ceño.

—Eso es extraño.

Kaelion levantó ligeramente la cabeza.

—¿Qué ocurre?

Lucifer apartó la mano del cristal.

—Sentí algo.

Kaelion dio un paso adelante.

—¿Una amenaza?

Lucifer negó.

—No.

Miró nuevamente la Tierra.

Su voz se volvió más lenta.

—Fue… otra cosa.

El general demoníaco guardó silencio.

Lucifer volvió a mirar el planeta.

Sus ojos recorrieron los océanos.

Las montañas.

Las ciudades.

Algo dentro de él comenzó a moverse.

Una presión en el pecho.

Un calor desconocido.

Lucifer frunció el ceño con irritación.

—¿Qué es esto?

Kaelion lo observaba con atención.

—Describe la sensación.

Lucifer respiró profundamente.

—Es… incomodidad.

—¿Dolor?

—No.

Se llevó la mano al pecho.

—Es como si algo dentro de mí… se estuviera abriendo.

El silencio llenó la sala.

Kaelion observó el planeta.

Durante un momento no dijo nada.

Luego habló.

—Yo también lo siento.

Lucifer giró la cabeza bruscamente.

—¿Qué?

Kaelion seguía mirando la Tierra.

—Desde hace varios minutos.

Lucifer caminó hacia él.

—Explícate.

Kaelion frunció ligeramente el ceño.

Era un gesto raro en él.

—Hay una presión en mi mente.

Pausa.

—Y en mi pecho.

Lucifer lo miró con incredulidad.

—Eso es imposible.

Kaelion respondió con calma.

—Estoy reportando lo que experimento.

Lucifer volvió a mirar el planeta.

—Esto debe ser algún tipo de defensa.

Sus ojos se endurecieron.

—Una trampa de Dios.

Kaelion preguntó:

—¿Un arma emocional?

Lucifer asintió.

—Probablemente.

Pero mientras lo decía…

la sensación aumentó.

Lucifer observó el planeta.

En una de las pantallas cercanas apareció una transmisión visual de la superficie terrestre.

Una ciudad humana.

Personas caminando por las calles.

Un padre levantando a su hijo en brazos.

Una mujer riendo.

Un anciano alimentando a palomas en una plaza.

Lucifer sintió algo atravesarlo.

Un golpe invisible.

Su respiración cambió.

—¿Qué…?

Kaelion también observaba la pantalla.

Sus ojos, normalmente fríos como acero, mostraron algo nuevo.

Confusión.

—No entiendo.

Lucifer habló con irritación.

—Apaga eso.

La pantalla se apagó inmediatamente.

Pero la sensación no desapareció.

Al contrario.

Se hizo más fuerte.

Lucifer caminó de un lado a otro de la sala.

—Esto es ridículo.

Se llevó las manos a la cabeza.

—Soy Lucifer.

Su voz se volvió dura.

—No me afectan emociones humanas.

Kaelion permanecía inmóvil.

—Sin embargo están presentes.

Lucifer lo miró con furia.

—¡Entonces elimínalas!

Kaelion respondió con absoluta serenidad.

—No es una orden ejecutable.

El silencio volvió.

Lucifer respiró profundamente.

Miró nuevamente el planeta.

Algo dentro de él estaba cambiando.

Por primera vez en incontables eras…

no veía la Tierra como un objetivo.

La veía como algo…

vivo.

Sus océanos respiraban.

Sus continentes latían con millones de vidas.

Lucifer susurró involuntariamente:

—Son… frágiles.

Kaelion lo miró.

—Sí.

Lucifer volvió a hablar, casi sin darse cuenta.

—Y aun así siguen viviendo.

Su voz se volvió más suave.

—Siguen amando.

Kaelion bajó lentamente la mirada hacia el planeta.

Algo se movió dentro de él.

Una memoria inexistente.

Un eco que no sabía interpretar.

—General —dijo Lucifer.

Kaelion levantó la mirada.

—Sí.

Lucifer habló con una extraña mezcla de irritación y desconcierto.

—¿Te imaginas vivir allí?

Kaelion frunció el ceño.

—No.

Pero la pregunta quedó flotando.

Lucifer siguió mirando la Tierra.

Las nubes se movían lentamente sobre los océanos.

Las ciudades brillaban como constelaciones sobre la superficie del planeta.

La sensación en su pecho se volvió más intensa.

Más cálida.

Más profunda.

—Esto…

Respiró lentamente.

—Esto es lo que él siente.

Kaelion preguntó:

—¿Qué cosa?

Lucifer tardó en responder.

Sus ojos no se separaban del planeta.

—Amor.

La palabra cayó en la sala como una revelación peligrosa.

Kaelion permaneció en silencio durante varios segundos.

Luego habló.

—Entonces entiendo el conflicto interno.

Lucifer lo miró.

—¿Qué conflicto?

Kaelion respondió con calma absoluta.

—Si esto es amor…

miró nuevamente la Tierra.

—entonces destruir este planeta sería… incorrecto.

El silencio se volvió pesado.

Lucifer lo observó fijamente.

Durante un instante parecía furioso.

Pero luego…

su expresión cambió.

Miró nuevamente la Tierra.

La sensación dentro de él ya no era solo confusión.

Era claridad.

Algo que había estado dormido desde el inicio de su rebelión estaba despertando.

Una parte de él que recordaba quién había sido antes.

Lucifer habló lentamente.

—Padre…

Sus ojos brillaban con algo que nunca antes había aparecido en ellos.

No odio.

No ira.

Algo más profundo.

—¿Esto es lo que intentabas enseñarme?

Kaelion observaba al general demoníaco con atención.

Y dentro de él…

la misma transformación comenzaba.

La presión en su pecho se volvió calor.

El calor se volvió algo más.

Algo que nunca había experimentado.

Cerró los ojos por un momento.

Y cuando volvió a abrirlos…

miró la Tierra de una forma completamente distinta.

No como un objetivo.

No como una conquista.

Sino como algo que debía protegerse.

Lucifer habló en voz baja.

—Kaelion.

—Sí.

—Retrasa el ataque.

El general respondió inmediatamente.

—Orden recibida.

Lucifer siguió mirando el planeta.

El azul de los océanos.

El blanco de las nubes.

La vida.

Y por primera vez desde que comenzó la guerra…

Lucifer sintió algo más fuerte que el odio.

Sintió el amor de Dios.

Y ese amor…

estaba cambiándolo.

Capítulo XI — El Pacto de la Tierra

La Tierra giraba lentamente en el vacío.

Azul.

Viva.

Pequeña frente a la inmensidad del universo, pero cargada con algo que ninguna otra parte de la creación poseía de la misma manera: la frágil posibilidad de elegir entre el amor y el odio.

Alrededor del planeta flotaban dos ejércitos.

Por un lado, la flota demoníaca de Lucifer, miles de naves negras suspendidas como sombras sobre la atmósfera.

Por el otro, el cielo se abrió.

Una grieta de luz atravesó el cosmos.

De ella emergieron las legiones de Dios.

Millones de ángeles descendieron como una aurora viviente, sus alas irradiando luz pura que bañó el planeta entero. El cielo de la Tierra se iluminó de una forma que ningún ser humano podía comprender completamente.

En la nave principal de la flota demoníaca, Lucifer observaba la llegada.

Kaelion estaba a su lado.

El general demoníaco habló primero.

—Han llegado.

Lucifer asintió lentamente.

—Sí.

Sus ojos permanecían fijos en el océano de luz que llenaba el espacio.

Durante un largo momento ninguno habló.

Luego Lucifer respiró profundamente.

—Es hora.

Caminó hacia el centro de la sala de mando.

—Abre un canal.

Kaelion levantó la mano.

Una esfera de comunicación se activó en el aire.

La imagen del cielo celestial apareció frente a ellos.

Y en el centro de ese océano de luz…

estaba Dios.

No sentado en un trono.

No rodeado de poder.

Simplemente presente.

Su figura irradiaba una calma que contrastaba con la tensión del universo entero.

A su lado estaba Fortuna.

Sus ojos recorrían cada hilo del destino que conectaba ese momento con millones de futuros posibles.

Lucifer miró a Dios.

Dios miró a Lucifer.

Durante un largo momento ninguno habló.

El silencio entre ambos cargaba el peso de eternidades.

Finalmente Dios rompió el silencio.

Su voz atravesó el espacio, suave pero inmensamente poderosa.

—Hijo.

Lucifer cerró los ojos un instante.

La palabra lo atravesó como una herida antigua.

—No me llames así.

Pero su voz ya no tenía la misma ira que antes.

Dios lo observó con tristeza.

—Siempre lo serás.

Lucifer soltó una pequeña risa amarga.

—Después de todo lo que he hecho.

Dios respondió sin dudar.

—Sí.

El silencio volvió a caer.

Lucifer miró la Tierra.

Luego volvió a mirar a Dios.

—Vine a destruir esto.

Señaló el planeta azul.

—Vine a hacerte sentir lo que es perder lo que amas.

Dios no respondió.

Lucifer continuó.

—Planeé cada detalle.

—Cada ciudad.

—Cada vida.

—Cada grito.

Sus ojos se endurecieron.

—Quería que vieras todo.

Fortuna observaba con atención.

Lucifer bajó la mirada hacia la Tierra.

Y algo en su expresión cambió.

—Pero entonces…

Respiró profundamente.

—Sentí algo.

Dios inclinó ligeramente la cabeza.

—Lo sé.

Lucifer lo miró.

—¿Lo sabes?

Dios asintió.

—El amor siempre encuentra su camino.

Lucifer dejó escapar una risa corta.

—Maldita sea…

Se llevó la mano al pecho.

—Esto.

—Esta cosa.

—No la entiendo.

Kaelion habló por primera vez hacia el cielo.

—Es irracional.

Fortuna respondió con una calma profunda.

—El amor no es lógica.

El general demoníaco observó la Tierra.

—Y sin embargo… es poderoso.

Lucifer dio un paso hacia el ventanal.

—Cuando miré este planeta…

—Cuando vi a esas criaturas…

Su voz se volvió más baja.

—No pude hacerlo.

El silencio se volvió total.

Los millones de ángeles observaban.

Los millones de demonios también.

Lucifer levantó la mirada hacia Dios.

—No destruiré la Tierra.

Un murmullo recorrió ambos ejércitos.

Dios cerró los ojos por un momento.

Una emoción profunda atravesó su rostro.

No era triunfo.

Era alivio.

Cuando volvió a abrirlos, habló suavemente.

—Gracias.

Pero Lucifer levantó la mano.

—No.

Sus ojos se endurecieron.

—No me agradezcas todavía.

El universo pareció inclinarse hacia sus palabras.

Lucifer señaló el planeta azul.

—Este mundo… está lleno de potencial.

—Amor.

—Bondad.

—Sacrificio.

Luego su voz cambió.

Se volvió fría.

—Pero también está lleno de algo más.

Fortuna frunció el ceño.

—¿Qué?

Lucifer respondió con una palabra.

—Odio.

El silencio se volvió pesado.

Lucifer continuó.

—Ambición.

—Violencia.

—Crueldad.

Miró directamente a Dios.

—Tú les diste libre albedrío.

Dios no negó.

—Sí.

Lucifer extendió la mano hacia la Tierra.

—Entonces escucha bien lo que voy a decir.

Su voz resonó como una sentencia.

—Mientras los humanos elijan el amor…

—mientras sigan siendo capaces de compasión…

—mientras no se conviertan en monstruos entre ellos mismos…

bajó lentamente la mano.

—mi ejército jamás tocará este planeta.

Los ángeles comenzaron a murmurar.

Pero Lucifer no había terminado.

Sus ojos brillaban con una intensidad peligrosa.

—Pero si llega el día…

—en que el odio sea más fuerte que el amor…

—si llega el día en que los humanos se conviertan en criaturas despiadadas que destruyen todo lo que aman…

El silencio se volvió absoluto.

Lucifer habló con una calma aterradora.

—Entonces volveré.

Kaelion dio un paso adelante.

Su voz fue tan firme como el acero.

—Y yo lideraré el ataque.

Lucifer terminó la sentencia.

—Y ese día…

miró directamente a Dios.

—no quedará nada de la Tierra.

Las palabras quedaron suspendidas en el vacío.

Fortuna sintió el peso de todos los futuros posibles temblar.

Dios guardó silencio durante varios segundos.

Sus ojos estaban fijos en el planeta azul.

En los océanos.

En los continentes.

En los millones de seres humanos que vivían sin saber que su destino acababa de decidirse en el cielo.

Finalmente habló.

—Entonces todo dependerá de ellos.

Lucifer asintió lentamente.

—Exacto.

El silencio entre ambos era ahora diferente.

No era odio.

Era una tensión profunda.

Dios miró a Lucifer.

—¿Este es tu pacto?

Lucifer respondió sin dudar.

—Sí.

—Mientras el amor viva en la Tierra… yo no tocaré ese mundo.

Dios cerró los ojos lentamente.

Una emoción inmensa atravesó su ser.

No era una victoria absoluta.

Pero era una oportunidad.

Cuando volvió a abrir los ojos, habló con serenidad.

—Acepto.

Fortuna lo miró.

Los ángeles también.

Lucifer inclinó ligeramente la cabeza.

—Entonces la guerra termina… por ahora.

Kaelion levantó la mano.

La flota demoníaca comenzó a retirarse lentamente.

Miles de naves giraron alejándose del planeta.

Lucifer observó la Tierra una última vez.

Sus ojos ya no tenían odio.

Tenían algo más complejo.

—Es un mundo hermoso, Padre.

Dios respondió suavemente.

—Lo es.

Lucifer suspiró.

—Espero que lo merezcan.

Y entonces la flota demoníaca desapareció en la oscuridad del espacio.

El cielo quedó en silencio.

Las legiones de ángeles comenzaron a retirarse lentamente también.

Pero Dios permaneció.

Mirando la Tierra.

Fortuna se acercó a su lado.

—Ganaste hoy.

Dios negó lentamente.

—No.

Su mirada estaba llena de amor… y preocupación.

—Hoy solo compramos tiempo.

Fortuna observó el planeta azul.

—¿Crees que los humanos elegirán el amor?

Dios tardó en responder.

Sus ojos seguían observando el mundo que más amaba.

—Espero que sí.

Pausa.

—Pero les di libertad.

La Tierra giraba lentamente bajo ellos.

Millones de humanos seguían viviendo sus vidas sin saber que el destino de su mundo dependía de algo tan simple… y tan difícil.

Amar.

En la oscuridad lejana del universo, Lucifer observaba el planeta una última vez antes de desaparecer en el vacío.

Y sus últimas palabras fueron apenas un susurro.

—No me decepcionen.

Epílogo — La Advertencia

El universo había vuelto al silencio.

No el silencio de la paz absoluta…

sino el silencio de algo que observa.

Las galaxias continuaban su danza lenta.

Las estrellas ardían como velas eternas en el templo del tiempo.

Y en medio de esa inmensidad infinita…

la Tierra seguía viva.

Un pequeño planeta azul.

Frágil.

Hermoso.

Amado.

Tan amado…

que una guerra eterna casi lo destruye.

Durante eras incontables nadie habló de lo ocurrido.

Los ángeles volvieron a custodiar la creación.

Fortuna volvió a tejer los hilos del destino.

Y Dios observó a la humanidad con un amor tan profundo que ninguna palabra podría contenerlo.

Pero hay lugares del universo donde el silencio no es paz.

Es espera.

En una región donde la luz de las estrellas parece dudar antes de entrar…

dos figuras permanecían de pie.

No estaban ocultas.

No estaban derrotadas.

Simplemente… observaban.

Lucifer.

Y Kaelion.

Frente a ellos flotaba la imagen de la Tierra.

Las ciudades iluminadas como constelaciones artificiales.

Los océanos oscuros respirando bajo la luna.

Los continentes donde millones de corazones latían al mismo tiempo.

Lucifer habló primero.

Su voz era calma.

Pero en ella habitaba algo antiguo…

algo que había visto el nacimiento y la muerte de universos.

—Siguen vivos.

Kaelion observó el planeta largo tiempo antes de responder.

Sus alas metálicas emitieron un leve sonido, como acero respirando.

—Sí.

Un silencio pesado cayó entre ambos.

Lucifer entrecerró los ojos.

—El amor de Dios… fue suficiente para detenernos.

Kaelion respondió sin apartar la mirada del planeta.

—Por ahora.

Lucifer dejó escapar una sonrisa lenta.

No era una sonrisa amable.

Era la sonrisa de algo que conoce el final de una historia…
aunque los personajes aún no lo sepan.

—Les dimos nuestra palabra.

Kaelion asintió.

—Mientras el amor gobierne sus corazones…
la Tierra vivirá.

Entonces Lucifer giró su rostro.

No hacia Kaelion.

No hacia el universo.

Hacia ti.

Hacia el lector.

Sus ojos parecían atravesar la página.

Atravesar el tiempo.

Atravesar la realidad misma.

Y habló.

—Sí… tú.

Kaelion también levantó la mirada.

Y por primera vez, parecía estar mirando directamente al otro lado de la historia.

Hacia quien la sostiene en sus manos.

—No te sorprendas —dijo Kaelion—. Siempre supimos que existías.

Lucifer dio un paso hacia adelante.

—Porque esta historia… no es solo una historia.

El universo detrás de ellos tembló suavemente, como si escuchara.

—Es un pacto.

Lucifer señaló la Tierra suspendida en el vacío.

—Ese mundo vive…

porque Dios cree en ustedes.

Kaelion habló entonces con una voz profunda, como el eco de un trueno en una catedral vacía.

—Pero nosotros también observamos.

Lucifer inclinó ligeramente la cabeza.

—Vemos el amor.

—Vemos la compasión.

—Vemos el sacrificio.

Su expresión cambió.

Más oscura.

Más peligrosa.

—Pero también vemos el odio.

Kaelion continuó.

—Vemos la crueldad.

—Vemos la traición.

—Vemos el orgullo.

La Tierra giraba lentamente entre ellos.

Hermosa.

Frágil.

Lucifer volvió a mirar directamente al lector.

—¿Recuerdas nuestras palabras?

Su voz se volvió más fría.

—Prometimos no destruir la Tierra…

Una pausa.

—Mientras ustedes sigan eligiendo amar.

El silencio que siguió fue pesado.

Inmenso.

Como si el universo entero esperara la respuesta.

Kaelion dio un paso hacia la sombra.

Sus alas metálicas se desplegaron lentamente.

—Pero si el odio gobierna sus corazones…

—Si la crueldad se vuelve su ley…

—Si olvidan el amor que Dios sembró en ustedes…

Entonces Lucifer terminó la frase.

Con absoluta serenidad.

—Volveremos.

El espacio alrededor de ellos comenzó a oscurecerse.

Las estrellas se apagaban una por una en la distancia.

Como si el universo cerrara los ojos.

Lucifer habló una última vez.

—No nos teman a nosotros.

Kaelion añadió con una voz que parecía venir desde el final del tiempo:

—Teman el día en que ustedes mismos decidan destruir lo que Dios ama.

Lucifer levantó la mirada hacia la Tierra.

Por un instante…

solo un instante…

en sus ojos apareció algo inesperado.

Esperanza.

—Porque aún creemos que pueden elegir.

Kaelion concluyó:

—Elegir amar.

El universo se oscureció.

Las figuras desaparecieron.

Y la Tierra siguió girando.

Silenciosa.

Hermosa.

Viva.

Pero ahora sabes algo que la humanidad aún no comprende.

Ellos siguen observando.

Y el destino de la Tierra…

ya no está en manos de ángeles.

Ni de demonios.

Ni siquiera de Dios.

Está…

en las tuyas.

Antes de la guerra... hubo una duda.
Lucifer fue el primero en hacer la pregunta que nadie en el cielo se atrevía a pronunciar:
¿Por qué el universo debe obedecer?
Esa pregunta abrió una grieta en la eternidad.
Ahora el cielo está dividido. Un tercio de los ángeles ha abandonado a Dios, uniéndose a la rebelión que busca demostrar que la libertad vale mas que el orden perfecto de la creación.
Mientras estrellas comienzan a morir y mundos enteros desaparecen en medio del conflicto, una figura surge entre las legiones rebeldes:
KAELION, un general nacido del vacío, un guerrero tan peligroso que ni siquiera el destino puede verlo.
A su lado, Lucifer prepara la guerra que decidirá el futuro del universo.
Pero en medio del caos, Fortuna, la diosa del destino, descubre algo imposible:
En casi todos los futuros...
Dios muere.
Solo existe un camino donde la creación sobrevive.
Un futuro donde alguien que aún no ha nacido se levantará para enfrentar al único enemigo que el destino no puede predecir.
Y cuando ese momento llegue...
el universo descubrirá que incluso los dioses pueden caer.